

El Peligro Verde

La soya amenaza la seguridad alimentaria en Argentina

G U I L L E R M O A L M E Y R A *

FECHA DE RECEPCIÓN: 30/07/2011; FECHA DE APROBACIÓN: 9/11/2011.

Resumen: Este artículo reseña las profundas transformaciones que provoca la extensión del monocultivo de soya transgénica no sólo en la pequeña agricultura campesina, sino también en el territorio, que se desertifica, en la concentración de los habitantes en las urbes y en la disminución de las actividades productoras de alimentos (como trigo, maíz, carne, verduras y frutas).

PALABRAS CLAVE:

- soya
- monocultivo
- agricultura campesina
- seguridad alimentaria
- suelos
- agribusiness
- pools de siembra

The danger green

Soy threatens food security in Argentina

Abstract: This article reviews the profound changes caused by the expansion of soy monoculture not only in the small farming, but also in the territory (which is object of desertification), the concentration of the population in the cities and the decline in food-producing (such as wheat, corn, meat, vegetables and fruits).

KEYWORDS:

- soybean
- monoculture farming,
- food security
- land
- agribusiness
- seed pools

* Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de París VIII, ex profesor investigador en la UNAM y la UAM-Xochimilco (en el Posgrado Integrado en Desarrollo Rural), ex directora de la revista OSAL de CLACSO, institución en la que actualmente trabaja como asesor académico y editorial. Ensayista del periódico *La Jornada*. Autor y coautor de decenas de libros y de cientos de ensayos traducidos a diversos idiomas. Fue editor colaborador de la revista *Ceres* de la FAO de la ONU.

La tesis de este artículo es muy simple: a pesar de la excelente calidad y de la extensión de sus tierras cultivables, así como de la variedad de climas existentes en su vasto territorio¹ que hace posible toda clase de cultivos, desde los tropicales hasta los de clima templado y toda clase de fauna, y a pesar de su escasa población, la seguridad alimentaria –ni hablemos de la soberanía alimentaria– corre graves riesgos en Argentina, a causa del tipo de tenencia de la tierra, de la salvaje explotación de tipo minero de los recursos de los ríos, los mares y los suelos y de los monocultivos de tipo capitalista que han virtualmente liquidado la pequeña agricultura campesina.

La soya, en particular, instaura un desierto verde a su paso y plantea un desafío no sólo en cuanto a la propiedad de la tierra sino también en cuanto al sistema financiero, las opciones tecnológicas, energéticas, ambientales y la inserción del país en el comercio exterior como exportador de materias primas. Para salvarse del desastre, Argentina debe aplicar políticas públicas y una diversificación productiva que le permita salir de los siglos XIX y XX, en los cuales se había especializado, pensar en un mundo globalizado y en una alternativa no capitalista para ella y para éste.

Sin embargo, las concepciones desarrollistas y el modelo extractivo siguen orientando la acción gubernamental, que en materia alimentaria coincide con la oposición oligárquica terrateniente y exportadora ligada al capital financiero internacional y a las grandes transnacionales del agro.²

¹ El territorio argentino abarca 2 780 400 km² (después de Brasil, es el segundo del continente en tamaño). Tiene 273. 669 millones de hectáreas cultivables, de las cuales 177 millones son agrícolas y según el censo nacional de noviembre del 2010 la población argentina asciende a poco más de 40 millones de habitantes, con una densidad de 14.4 habitantes por km². La población es urbana en un 92 por ciento, casi el 15 por ciento de la población tiene más de 60 años, la expectativa de vida llega a 75.5 años, en promedio, y la alfabetización abarca al 97.7 por ciento de los habitantes. El territorio argentino, muy poco poblado y sin campesinos, es llano si se exceptúa la franja cordillerana al Oeste, en la frontera con Chile.

² Las principales son Cargill Inc, Continental Grain Corp., Cook Industries Inc., Bunge Corp., Louis Dreyfus Corp, Carnac, las mismas que controlan la mayor parte de la agricultura de Estados Unidos y de Brasil. En el campo de los OGM (transgénicos) predomina la Monsanto.

³ Ver *Página 12*, 26/07/2011. Entre la campaña 2002/3 y la de 2010 la producción granera pasó de 70.8 millones de toneladas a 103 (creció un 41 por ciento), la superficie sembrada pasó de 27.4 a 33 millones de hectáreas y la productividad en granos se incrementó en un 25 por ciento, pasando de 2.9 a 3.6 toneladas por hectárea. La producción bovina, en cambio, sólo creció en ese lapso en un 4 por ciento, por la sequía y la competencia de la soya, de la cual se produjeron 49.5 millones de toneladas, que no sólo “se come” los pueblos rurales y los campesinos sino también las vacas.

La presidente Cristina Fernández de Kirchner presentó, el 27 de julio de 2011, el Plan Agroalimentario y Agroindustrial (PEA) 2020, cuyos objetivos consisten en aumentar la producción de granos en 60 millones de toneladas en ocho años (la actual fue de 103 millones y, por tanto, pasaría a 160 millones), y alcanzar exportaciones agrícolas por un total de 96,611 millones de dólares, en valores constantes (rebasando el valor de las exportaciones agrícolas en 2011 que superó en poco los 70 mil millones).³

El plan se basa en la presunción de que las tendencias principales del mercado mundial de productos agrícolas permanecerán inalteradas y, desde ella, se asume como objetivo exportar más carne y granos para las clases dominantes de China e India y, además, producir más biocombustibles para la industria del automóvil que se considera seguirá creciendo hasta el 2020.

Vemos, por consiguiente, que no se encara ningún cambio y se piensa seguir produciendo y vendiendo más de lo mismo y del mismo modo actual. Los gobiernos llamados “progresistas” (el de Cristina Fernández, pero también el de José Mujica, en Uruguay; Evo Morales, en Bolivia; Rafael Correa, en Ecuador; Hugo Chávez, en Venezuela, y, por supuesto, Ollanta Humala, en Perú) aplican políticas de corto plazo, sin visión de futuro y, mucho menos aún, antisistémicas. Sostienen el desarrollismo y el extractivismo que ya en el pasado demostraron su ineficacia y que, ante la actual crisis mundial de enorme gravedad, en la que los precios de las materias primas alimentarias o energéticas son especulativos y volátiles, deparan a sus países enormes conflictos monetarios, económicos, ecológicos, sociales y políticos.

Una economía altamente dependiente

La economía argentina es muy dependiente del exterior y, contrariamente a lo que sostienen las autoridades, no está para nada “blindada” contra las tormentas económicas mundiales por sus reservas, que ascienden a 51 mil millones de dólares. Lo cual es mucho para la historia del país pero nada frente a una situación en la que, para evitar el hundimiento de la pequeña economía griega, los bancos han quemado más de 300 mil millones de euros, o sea un monto nueve veces mayor sin obtener resultados apreciables.

En efecto, la economía argentina crece a ritmos “chinos” por la combinación de diversos factores. En primer lugar, por la política monetaria del gobierno, basada en que el fin de la paridad peso-dólar (con la que el billete estadounidense se vende ahora a 4.17 pesos) devaluó brutalmente el peso (y los salarios) favoreciendo las exportaciones argentinas, mientras la carestía local del dólar (que sube en Argentina mientras se hunde en el resto del

mundo) torna más caras las importaciones. Podría ser el único factor controlable y voluntario la promoción del consumo interno, la reducción del desempleo y la pobreza, el desendeudamiento y el aprovechamiento de la alta productividad y del nivel cultural de la mano de obra. Pero todos los demás factores están fuera del control de las autoridades económicas argentinas.

Porque el país descansa, desde el punto de vista económico, sobre un trípode, formado por la exportación de materias primas agrícolas, por la exportación de energéticos y de minerales, y, por último, por la exportación —sobre todo al Mercosur, léase Brasil— de productos industriales elaborados o semielaborados.

Dentro de ese trípode la exportación de granos —que constituyen la inmensa mayoría de las exportaciones agropecuarias y forestales argentinas— está en manos de seis compañías extranjeras, así como las empresas productoras y exportadoras de petróleo y derivados e igualmente las que generan productos mineros (oro, plata, litio, tierras raras y otros productos) son también extranjeras en su totalidad. El grueso de la exportación industrial hacia Brasil consiste en automóviles y camiones fabricados en Argentina con tecnología y mayoría de componentes de proveniencia extranjera, por las filiales de Ford, FIAT, General Motors, Renault, Toyota, Honda, Volvo, Mercedes Benz, Citroën y Volkswagen. Los productos de la industria alimentaria sólo en parte son resultado del crecimiento de la industria nacional —que se ha debilitado y extranjerizado, al igual que la propiedad de la tierra—,⁴ pues la mayoría son producidos por filiales locales de transnacionales de la alimentación, como Danone, Kraft o Nestlé. Por su parte, el sector financiero, con excepción de los bancos estatales, es totalmente extranjero y, al igual que las industrias alimentarias de ese origen, mandan sus ganancias a sus casas matrices, además tratando de evadir impuestos.

En otras palabras, Argentina depende de los mercados asiáticos (chino en particular), de su relación económica con Brasil y con la Unión Europea y de las decisiones de las casas matrices de las grandes empresas que operan en su territorio controlando los ramos esenciales de su economía.

Cabe agregar que sobre la economía argentina se ve ya la enorme sombra de la crisis del euro y de la misma eurozona, también de la enorme deuda estadounidense, así como se empiezan a vislumbrar los impactos de la decisión china de construir su seguridad alimentaria en cinco años (cosechando en su territorio todos los granos que el país actualmente consume) y los efectos sobre el real (y todas las demás monedas, como el peso) de la debilidad del dólar, lo cual estimulará las importaciones pagadas en esa moneda y desincentivará en cambio las exportaciones locales.

Aunque obviamente Argentina y Brasil están discutiendo cómo hacer frente a la crisis, agravada por la debilidad

del dólar, y están tomando algunas medidas a su alcance, no han modificado sin embargo su línea fundamental. Es utópico creer que la solución vendrá de producir más de lo mismo cuando el panorama está cambiando radicalmente y está dejando de ser el mismo, de modo que nadie puede estar seguro de que podrá vender ni siquiera los volúmenes actuales de su producción exportable.

Un tipo de producción insostenible

A esta fragilidad propia de la estructura de sus exportaciones se añaden los problemas derivados del tipo de producción y de las políticas públicas agroalimentarias.

La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) estableció hace ya casi cuatro décadas (en 1974) el derecho a la Seguridad Alimentaria. En el ámbito macro para las naciones, en lo micro para los individuos. Pero ni unas ni otros han alcanzado este objetivo, incluso en el caso de los países ricos, ya que el ejercicio de un derecho, a nivel de las personas, depende de la medida de ingresos y de su nivel cultural y, tratándose del derecho a alimentarse, del acceso físico a los alimentos.⁵

En efecto, si bien Argentina siempre ha sido un país exportador de alimentos y cuenta con la capacidad para alimentar, según la FAO, más de 400 millones de personas, en los años 2001-2010 tuvo una desocupación oscilante en cerca del 30% de la PEA y en 2011 tiene aún casos de muertes infantiles por desnutrición en las comunidades indígenas qom (tobas) del Chaco y Formosa, así como en la provincia norteña de Misiones. El tipo de políticas económicas neoliberales, en el primer caso, y la extensión del cultivo sojero que destruye el hábitat de los pescadores, cazadores, recolectores indígenas, en el otro, explican la subsistencia del hambre en medio de la abundancia.

De las cinco condiciones necesarias⁶ para la seguridad alimentaria (R. Chateaufeuf, 1997), Argentina cumple tres: suficiencia, estabilidad, autonomía. Estaría en situación de cumplir una cuarta, la sustentabilidad, si la desertificación

⁴ País 24, Argentina, 27/07/2011, informa sobre un proyecto de ley de la diputada Benas para evitar la concentración de tierras, que incluyen ríos y lagos y representan el 10 por ciento del total de las tierras del país.

⁵ Ver Dra. Patricia Aguirre, *Aspectos macro de la Seguridad Alimentaria en Argentina- Informe sobre el gasto público social en alimentación*, basado en el presupuesto de 2003, disco en pdf www.unlp.edu.ar

⁶ R. Chateaufeuf, 1997, "Encuestas de presupuestos y gastos familiares en los estudios alimentarios", en C. Morón, I. Zacarías y S. de Pablo (comp.), *Producción y manejo de datos de composición química de alimentos en nutrición*, Oficina Regional para América Latina y el Caribe, FAO (Santiago, Chile).

creciente de su territorio por el cultivo de la soya, las malas prácticas agrícolas de tipo minero, la contaminación de las aguas por la minería, los desechos urbanos no tratados y el agotamiento de algunas especies por sobrepesca, como la merluza, que hoy son signos ominosos, pudiesen ser contenidos a tiempo. Pero la quinta condición, la equidad, es incubible, ya que la distribución de los ingresos es sumamente desigual, tal como en el resto de los países de la región, aunque en una medida ligeramente menor. Los más ricos comen y se nutren como en París y los más pobres como en el Tercer Mundo, incluso cuando llegan a consumir diariamente las proteínas y las calorías consideradas indispensables por la FAO, puesto que su dieta es desequilibrada e incluye muy pocas verduras, legumbres y frutas. Si en otros países los pobres son flacos, en la Argentina crece el fenómeno nuevo de los escolares obesos, hijos de desocupados o pobres gordos y diabéticos.⁷

La competitividad de la industria argentina se apoyó hasta ahora en el alto nivel de escolaridad de los trabajadores, en su productividad, en la devaluación del peso (que redujo en más de un tercio los costos salariales), en los subsidios al transporte y los bajos precios de los alimentos (lo cual también contenía el alza de los salarios). Pero la extensión de la producción sojera a costa de la triguera, de la maicera, de la bovina y láctea, encarece constantemente los alimentos de consumo humano, pues destina cada vez más tierras y agua a la producción de forrajes o combustibles.

Al mismo tiempo, la contaminación de las aguas mediante los insecticidas para proteger la cosecha de soya afecta, por un lado, la pesca en ríos y lagunas y, por el otro, al envenenar insectos polinizadores, como las abejas o las mariposas, afecta duramente a otras industrias y cultivos,

⁷ El argentino medio no consume más que 5 o 6 tipos de frutas y verduras y obtiene el 90 por ciento de las calorías que ingiere de apenas 25 alimentos. Como los productos alimenticios que se consume son pocos, cualquier variación importante en el precio de uno de ellos influye de inmediato fuertemente en el índice general de precios. Ver Stella Maris Toler, *Reflexiones en torno a la seguridad alimentaria en Argentina*, interesante documento de trabajo bien documentado y con buena bibliografía, en Facultad de Ciencias de la Administración de la Universidad Nacional de Entre Ríos www.ucm-es/info/ec/jec/10/ponencias/206StellaSoler.pdf

⁸ *Seguridad alimentaria y reforma agraria*, ATTAC, Argentina www.argentina.attac.org/index.php?id=78 opina en este sentido.

⁹ Los seis exportadores mayores –Nidera, Bunge, Cargill, Dreyfus, Noble y ADM– controlan el 90 por ciento del mercado de exportación. Ver *Página12* 27/07/2011, el artículo de Sebastián Premici “Trigo en el barco, conflictos en tierra”.

¹⁰ A las cuales, con carácter exclusivo, ha concedido la exportación de 450 mil toneladas de trigo. *Página12*, 01/08/2011.

como la industria apícola (lo que debe tenerse en cuenta debido a que Argentina es el primer exportador mundial de miel). Mientras paralelamente mata peces y batracios, propiciando la proliferación del mosquito portador del dengue hemorrágico en zonas donde nunca había llegado, lo que obliga a otras fumigaciones también nocivas para la calidad del agua.

Dentro de este contexto, los costos salariales tienden a aumentar, pero no así la calidad de la vida, justo en el momento en que la caída del dólar amenaza con el aumento de las importaciones, la reducción de las exportaciones y un aumento del desempleo.

El problema de la seguridad alimentaria en Argentina está estrechamente ligado al de una profunda reestructuración del actual tipo de tenencia de la tierra, que debería incluir una ley contra la extranjerización de la misma y de los recursos hídricos, además requiere la ruptura del control de los oligopolios transnacionales sobre las exportaciones graneras y, asimismo, sobre las finanzas del país.⁸ Ese control, sobre todo, es el factor principal.

Los casos del trigo y de la soya

Tomemos el caso del trigo, estratégico en la región pampeana para los pequeños productores y estratégico igualmente desde el punto de vista del consumo urbano de pan, pastas y harinas. El gobierno asegura primero el abastecimiento nacional (6.5 millones de toneladas para el consumo interno y otras 600 mil para semillas) y, una vez abastecida la industria molinera, destina el sobrante a la exportación. Pero, frente a los 30 mil productores trigueros, tanto la industria molinera (160 empresas, donde las que pesan son sólo dos o tres), como los exportadores, constituyen monopolios.⁹ Los pequeños productores trigueros acusan a los grandes exportadores de controlar los precios y a la industria molinera de pagar precios inferiores al precio mínimo fijado por el gobierno, tras descontar del precio en Chicago los fletes, otros costos del viaje hasta el Hemisferio Norte y una diferencia por calidad. Las seis grandes corporaciones especulan con el hecho de que al pequeño productor le urge vender su cosecha, que no puede almacenar en su propiedad ni en almacenes alquilados y, por consiguiente, se ve obligado a aceptar lo que le ofrezcan, perdiendo 30 o 40 dólares por tonelada. Aunque el gobierno está intentando aumentar por ley la cuota de exportación de las cooperativas de los pequeños productores, que operan unidas en la firma acopiadora y exportadora AFA.¹⁰ En la actualidad, según Raúl Dellatorre:

el acceso al mercado está limitado a aquellos exportadores que obtengan un permiso de venta al exterior denominado ROE (Registro de Operaciones de Exportación), que emite

el gobierno pero cuyo manejo Comercio Interior le “cede” a la Cámara de Exportadores de Cereales para que lo distribuya entre sus miembros. Ésta lo hace en función de los volúmenes históricos de facturación, con lo cual “congela” el grado de concentración preexistente. Seis empresas se reparten aproximadamente el 90% de los ROE, lo que les permite acordar quién entra en el mercado en cada momento y por cuánto. La competencia, así, no existe.¹¹

El caso de la soya es aún más claro. En primer lugar, la soya ha sustituido al trigo como el primer cultivo, pasando de 5 millones de toneladas a principios de los noventa, a 52 millones en la cosecha 2010/11, modificando totalmente el panorama rural y el territorio.

El trigo tiene en las buenas tierras un rendimiento de 3 toneladas por hectárea. El costo de la producción oscila alrededor de 1,500 pesos (siendo un dólar = 4, 17 pesos).¹² El rendimiento bruto por hectárea se acerca a 2,400 pesos y, por consiguiente, el margen bruto en campo propio es aproximadamente de 900 pesos. Es decir, un pequeño productor de 40 hectáreas obtiene, en promedio, 36 mil pesos anuales por su cosecha de trigo.

La soya, en cambio, tiene un precio de 1,300 pesos por tonelada (así fue a fines de julio de 2011, en el puerto de Rosario, Argentina) y rinde entre 3.4 y 25 toneladas por hectárea, según la calidad de la tierra. Calculado sobre la base de 20 toneladas, da un ingreso bruto de 26 mil pesos por hectárea y, sobre la base de las 40 hectáreas antes mencionadas, asciende a 1,040,000 pesos anuales.

La soya permite dos cosechas y, además, tiene costos de producción muy bajos, ya que necesita 75 kilos de semilla RR resistente al glifosato por hectárea (que equivale a menos de 200 pesos), agroquímicos (por cerca de 350 pesos), en condiciones en que la siembra directa cuesta unos 75 pesos por hectárea y las fumigaciones (tres terrestres y una aérea) rondan los 80 pesos en total. El contratista de la cosecha cobra el 8% del tonelaje y la comercialización cuesta unos 80 pesos por hectárea, a lo que hay que agregar en concepto de comisión 3% para la cooperativa o el acopiador y 2.5% de impuestos, reducción de la humedad del grano y fletes. Además, como todos los productores, paga durante el año un impuesto inmobiliario en cuotas de mantenimiento de caminos y tiene gastos de administración y mantenimiento de su infraestructura.¹³ El total de sus gastos, entonces, es menor a 20 mil pesos (13,400 más impuestos), de modo que el productor sojero, si es propietario y posee una superficie media de 40 hectáreas, tiene un ingreso bruto superior al millón de pesos anuales contra los 36 mil pesos obtenidos por un triguero.

No es sorprendente, entonces, que la soya ocupe las tierras que antes producían alimentos o que, cuando mucho, el trigo aparezca asociado a la soya en la rotación como segunda cosecha.

Efectos de la “pampeanización” y “soyización” del país

La sustitución de otros cultivos por la soya encarece algunos productos esenciales para la alimentación humana, empobrece los suelos y las dietas de los más pobres, provocando carencias en minerales y vitaminas, por tanto enfermedades. A la vez que modifica gravemente el equilibrio entre las especies silvestres y da un golpe muy duro a la riqueza de la flora y la fauna nativas. A mediano plazo, obligará a realizar importaciones de alimentos incluso a países como Argentina, con escasa población y enormes extensiones de tierra arable.

La siembra directa, sin labranza ni desmalezamiento, permite utilizar para la soya incluso suelos pobres, hasta ahora cubiertos de bosques naturales o de vegetación, que desde hace siglos eran tierras fiscales y estaban ocupadas por pequeños campesinos que vivían de una agricultura de subsistencia, criaban cabras y algunos vacunos criollos. De modo que, la frontera agrícola se extiende a costa del bosque nativo porque, incluso con bajos rendimientos por hectárea, el monocultivo de soya sigue siendo rediticio en tierras de muy bajo costo, puesto que fueron usurpadas a los campesinos que las ocupaban o fueron compradas por casi nada. El fuego y la tala cambian brutalmente el hábitat de los pobladores y de los animales del monte, por ejemplo, de los restos de los tobas o qom, que otrora fueron una etnia numerosa en Bolivia, Paraguay y el Noreste argentino. Y que hoy tienen una altísima mortalidad infantil y se ve obligada a emigrar a las ciudades de la provincia de Chaco o de Santa Fe, practicando la mendicidad porque no puede cazar ya en los bosques ni pescar para sostenerse debido a que las aguas de los ríos están contaminadas por las fumigaciones y han perdido su riqueza en peces.

La extensión de un cultivo pampeano a tierras tropicales o semitropicales frágiles, privadas de su protección boscosa, desertifica a medio plazo vastas zonas rurales del centro y norte del país, expulsando a pueblos enteros que vivían de una agricultura y ganadería diversificadas (en verduras, garbanzos, lentejas, calabazas, ganado lechero,

¹¹ Raúl Dellatorre, “Exportadores bajo la lupa”, en *Página 12*, 27/07/11.

¹² En labores, semilla y curasemilla, herbicidas e insecticidas, fertilizantes, seguro, cosecha, comercialización y flete. Fuente: Cultivo de Trigo: aspectos técnicos y económicos para la campaña 2011, Ings agrs. Marta Suero y Eduardo Cortés. En *Proyecto Regional Agrícola- Unidad de Extensión y Experimentación INTA San Francisco*, Hoja de Información Técnica, abril de 2011.

¹³ *La Opinión*, de Rafaela provincia de Santa Fe, “Una hectárea de soja en cifras”, 8 de enero de 2008 (cifras originales corregidas por G.A. según los aumentos de precios).

producción de lácteos y pequeño ganado doméstico).¹⁴ Y que hoy tienen que tratar de resistir la usurpación e invasión de sus tierras ancestrales, como los campesinos del MO-CASE, en Santiago del Estero,¹⁵ los del Norte de Córdoba (colindantes con esa provincia) o los campesinos de las provincias de Salta y de Jujuy en el Noroeste. En el Noroeste (en las provincias de Formosa y Chaco), los pueblos han conseguido la prohibición de las fumigaciones aéreas sobre las casas de los habitantes, porque los intoxicaban o les hacían sufrir enfermedades respiratorias, pero, de todos modos, quedan aislados en medio del monocultivo, no tienen tierras ni para edificar nuevas viviendas y mueren por asfixia. Y si se rebelan, como sucedió en tierras de la provincia de Jujuy, cercadas por el mar de caña de azúcar del ingenio Ledesma, donde 600 familias ocuparon 40 de las 15 mil hectáreas cañeras, son reprimidos violentamente por la policía provincial y los guardias de seguridad del ingenio. En el caso de Jujuy, dio lugar a una batalla en la que murieron tres campesinos y un policía, a la par que sufrieron heridas otros 80 ocupantes.¹⁶ En las zonas menos fértiles la pampeanización mediante el monocultivo sojero tiene como características principales la eliminación de

la pequeña economía campesina, de los pueblos donde la misma se apoya, generando deforestación y reducción de los demás cultivos, de la ganadería y lechería locales en las provincias más fértiles con mayores rendimientos, así como una expulsión de la mano de obra. Miguel Teubal por ejemplo, dice que:

la principal ventaja de la semillas RR para los productores se vincula a la disminución de costos. La tecnología desarrollada es principalmente ahorradora de mano de obra (...) La incorporación de la soja RR ‘ahorra’ entre un 28% y un 37% de mano de obra en las tareas de siembra (según la zona y las características de la producción), siendo indiferente con respecto a las tareas de cosecha.¹⁷

Al mismo tiempo, las economías de escala derivadas de la mecanización de la agricultura y los métodos de siembra directa produjeron una gran concentración de las explotaciones, expulsando de la producción a gran cantidad de pequeños agricultores. La soja produce, así, “una agricultura sin agricultores”.¹⁸

El problema se agrava porque los campesinos desplazados y los trabajadores rurales que no encuentran trabajo emigran a las grandes ciudades, de modo que, sus conocimientos y saberes se pierden, sin que nadie pueda reemplazarlos. Lo mismo pasa con los propietarios medianos y colonos que ahora rentan sus tierras, a pools de siembra que las explotan a fondo con soja, para después emigrar a otras zonas. Estos pools de siembra están compuestos por financistas urbanos que se asocian y no necesitan poseer ni un metro de tierra, como los Grobocopatel, que explotan más de 900 mil hectáreas de tierras rentadas. A esta gente no le interesa el suelo, que explotan por pocos años. Mientras los anteriores pequeños productores, convertidos en rentistas, llevan sus hijos a las urbes, padeciendo el alza del precio de los alquileres en las ciudades por el crecimiento de los migrantes o la especulación inmobiliaria en la que ponen “en ladrillos” sus rentas.

Algunas conclusiones

Antes del auge de la soja, Argentina tenía más seguridad alimentaria porque exportaba los mismos productos que consumía, en cambio actualmente se ha convertido esencialmente en exportador de soja a costa de la producción de alimentos tanto para consumo interno como para exportación.

Cabe decir, los sojeros, para mantener la ignorancia popular sobre los valores nutritivos de la soja y los peligros de su monocultivo, tratan de popularizar una llamada “leche”, hamburguesas, milanesas, salchichas y golosinas de soja, colocando estos productos en los comedores

¹⁴ Walter Pengue, experto en Mejoramiento Genético Vegetal de la UBA, declaró “productos básicos de la dieta argentina como arvejas, lentejas, porotos (frijoles) o maíz amarillo empiezan a ser más escasos porque estamos entrando en un planteo de ser monoprodutores y se está uniformando todo con la soja” citado en Benjamin Backwell y Pablo Stefanoni, “¿Soja solidaria o apartheid alimentario? El negocio del hambre en Argentina”, en *Le Monde Diplomatique*, N° 44, febrero 2003.

¹⁵ Santiago del Estero se ha convertido en la cuarta provincia sojera, después de las de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba. Como resultado el precio por hectárea que antes del 2001 oscilaba entre 600 y 800 dólares, en el 2002, pasó a valer, en plena crisis, cerca de mil dólares. *Clarín rural*, Buenos Aires, 30/11/02. Cit. por Benjamin Backwell y Pablo Stefanoni “¿Soja solidaria o apartheid alimentario? El negocio del hambre en Argentina”, en *Le Monde Diplomatique* N° 44, febrero 2003.

¹⁶ Las familias de los policías ocuparon tierras lindantes, también del ingenio Ledesma, para construir casas y lo hicieron diciendo “veamos si nuestros maridos nos desalojan”. El conflicto comenzó en los últimos días de julio del 2011 y, ante las huelgas de protestas y las manifestaciones y declaraciones de los diversos sectores sociales, el gobierno provincial tuvo que expropiarle al ingenio las tierras ocupadas menos de cuatro días después, destituir al jefe de policía e iniciar una investigación judicial, *Página 12*, Buenos Aires, 1/08/2011.

¹⁷ Miguel Teubal y Javier Rodríguez “Neoliberalismo y Crisis Agraria”, en Norma Giarracca, *La Protesta Social en la Argentina*, Alianza, Buenos Aires, 2001.

¹⁸ *Ibid.* Según estimaciones de una encuesta privada realizada en casi toda la región pampeana, la cantidad de explotaciones se redujo en un 31 por ciento en el período 1992-1997.

sociales de todo tipo. Pero el reemplazo de la leche de vaca por la pseudo “leche” de soya provoca déficit de calcio, al mismo tiempo, la escasa absorción por el cuerpo humano del hierro contenido en la soya aumenta las posibilidades de anemia.¹⁹ La leche de vaca contiene entre 110 y 140 mg de calcio por cada 100 ml, mientras el jugo de soya da al organismo sólo entre 2 y 13 mg. Además, la alta concentración en fitatos, propia de la soya, dificulta la absorción de calcio y, sobre todo, de hierro y de zinc, el primero de los cuales es fundamental para combatir las anemias y el segundo por su papel en los procesos inmunitarios.

El frijol de soya, en efecto, contiene micronutrientes, pero el organismo no alcanza a absorberlos adecuadamente, de modo que, como cualquier otro frijol, la ingestión de ese vegetal sólo aporta en realidad carbohidratos y más proteínas. Por consiguiente, los pobres que se ven obligados a sustituir alimentos mejores por estos más “baratos”, que promueven los sojeros entre los más necesitados y menos preparados culturalmente, son candidatos a la obesidad y la diabetes, ya que así se alimentan casi exclusivamente con carbohidratos y proteínas (quizás en cantidades suficientes), pero careciendo de todos los micronutrientes (vitaminas y minerales) necesarios para una dieta sana y equilibrada.

En el pasado, las clases ricas y las más pobres en Argentina consumían los mismos alimentos. Las diferencias estaban en la cantidad y preparación de los mismos. Actualmente los más ricos comen frutas, verduras, hortalizas, legumbres, pescado, mariscos, además de cereales, mientras los más pobres se alimentan fundamentalmente de cereales y proteínas animales provenientes de los tipos más grasos de carne, que son los más económicos. La

diferencia en peso y talla entre las clases resultante de estas dietas diferenciadas es visible ya en los niños, pues los más ricos son más altos y más delgados que los más pobres, entre los cuales hay una tendencia creciente a la obesidad.

Por lo tanto, la tendencia al monocultivo de la soya amenaza a nivel micro a la sociedad al afectar la salud de la población de Argentina y al acabar con la diversidad de productos alimentarios y de cultivos.²⁰

A nivel macro, la concentración de la riqueza en pocas manos, sobre todo de transnacionales extranjeras, da un enorme poder de chantaje político al grupo que exporta granos, que puede retardar o evadir el pago de las divisas obtenidas, esconder ganancias al fisco, presionar para no pagar impuestos o para reducirlos²¹ y, dado su entrelazamiento con los grandes medios de información, puede también realizar grandes campañas políticas conservadoras y desestabilizadoras.

Por todo esto, si, como es previsible, la Unión Europea, debido a su crisis, dejase de importar una parte significativa de los productos agropecuarios que Argentina exporta, e hiciera lo mismo China, que está sembrando todos los granos necesarios para su economía con el objetivo de afirmar su seguridad alimentaria en la producción nacional, disminuiría la importación de maíz y se tendería a importar en el futuro sólo carne, forrajes y aceite de soya, pero la concentración de la riqueza y del poder en manos de los sojeros y otros grandes exportadores no disminuiría, sino que también aumentaría. Por consiguiente, a nivel macro de la sociedad argentina en su conjunto, la soyización atenta contra la seguridad alimentaria y también contra la democracia.

Bibliografía

- ◆ Aguirre, Patricia, *Aspectos macro de la Seguridad Alimentaria en Argentina. Informe sobre el gasto público social en alimentos*, disco pdf. www.unlp.edu.ar
- ◆ Attac Argentina, www.argentina.attac.org/index.php?id=78
- ◆ Backwell, Benjamín y Pablo Stefanoni, “¿Soya solidaria o apartheid alimentario? El negocio del hambre en Argentina”, en *Le Monde Diplomatique*, N°44, febrero 2011.
- ◆ Britos, Sergio, cit. en Benjamin Backwell y Pablo Stefanoni, *op. cit.*
- ◆ Chateauneuf, R., “Encuestas de presupuestos y gastos familiares en el estudio alimentario”, en C. Morón, S. De Pablo e I. Zacarías (comps.), *Producción y manejo de com posición guía de alimentos en nutrición*, Oficina Regional para América Latina y el Caribe, FAO (Santiago de Chile), 1997.
- ◆ *Clarín rural*, 30/11/02, citado en Benjamin Backwell y Pablo Stefanoni, *op. cit.*

¹⁹ Ver declaraciones de Sergio Britos, investigador del Centro de Estudios sobre Nutrición Infantil (CESNI) en Backwell y Stefanoni, *op. cit.*

²⁰ Walter Alberto Pengue, “Producción agroexportadora e (in)seguridad alimentaria. El caso de la soya en Argentina”, en *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica*, vol. I, 2004.

²¹ Como en el caso de la rebelión del “campo” (de las grandes asociaciones de terratenientes, financieros y agroexportadoras) contra el intento gubernamental de hacer pagar impuestos (retenciones) a la exportación sojera que condujo finalmente a la derrota de ese proyecto en el Parlamento.

- ◆ Cortés, Eduardo y Marta Suero, “Cultivo de trigo: aspectos técnicos y económicos para la cosecha 2011”, en *Proyecto Regional Agrícola-Unidad de Extensión y Experimentación INTA San Francisco*, abril 2011.
 - ◆ Delatorre, Raúl, “Exportadores bajo la lupa”, en *Página 12*, 27/07/2011.
 - ◆ De Pablo, S. (ver R. Chateaneuf)
 - ◆ Giarracca, Norma, *La Protesta Social en Argentina*, Alianza, Buenos Aires, 2001.
 - ◆ *La Opinión*, Rafaela, provincia de Santa Fe, 8/01/08, “Una hectárea de soya en cifras”.
 - ◆ Morón, C. (ver R. Chateaneuf).
 - ◆ *Pais 24*, 27/07/11, Argentina.
 - ◆ *Página 12*, Buenos Aires, 26/07/11.
 - ◆ *Ibid.*, 27/07/2011.
 - ◆ *Ibid.*, 1/08/2011.
 - ◆ Pengue, Walter Alberto, “Producción agropecuaria e (in)seguridad alimentaria. El caso de la soja en Argentina”, en *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica*, Vol.I, 2004.
 - ◆ *Ibid.* citado en Benjamin Backwell y Pablo Stefanoni, *op. cit.*
 - ◆ Premici, Sebastián, “trigo en el barco, conflictos en tierra”, en *Página 12*, 27/07/11.
 - ◆ Rodríguez, Javier y Miguel Teubal, “Neoliberalismo y crisis agraria”, en Norma Giarracca, *La protesta social en Argentina*, Alianza, Buenos Aires, 2001.
 - ◆ Suero, Marta (ver Eduardo Cortés).
 - ◆ Stefanoni, Pablo (ver Benjamín Backwell).
 - ◆ Teubal, Miguel (ver Javier Rodríguez).
 - ◆ Toler, Stella Maris, *Reflexiones en torno a la seguridad alimentaria en Argentina*, Facultad de Ciencias Administrativas de la Universidad Nacional de Entre Ríos, www.ucm-es/info/ec/jec10/ponencias206. Stella Soler.pdf
 - ◆ Zacarías, I. (ver R. Chateaneuf)
-